extraviados y sin brújula, andan los mitógrafos en la cuestión de etimologías, y cuán insuperables dificultades les ocasiona el desacertado método que emplean. Otra cosa será seguramente, si siguiendo nuestra ruta, adoptan el procedimiento sencillísimo de la comparación de los vocabularios y de la deducción lógica, una vez supuesta la raíz primitiva, de las diferentes conexiones, que por asociación de ideas han venido á tener los derivados.

Es preciso para esto abandonar la creencia de que las raices primitivas son simples sonidos sin significación; al contrario, son los gérmenes de los árboles lingüísticos, y en ellas están virtualmente encerradas todas las demás significaciones, que hasta nosotros llegan, habiendo brotado sucesivamente á impulso de la analogía y de la asociación. Es este el único modo de llegar, aun faltando los eslabones que faltan en la cadena lingüística, á conocer las primitivas raices, en su mayor parte onomatopéicas, y por lo tanto, á comprender la lengua de los primeros padres del linaje humano, ó lo que es lo mismo, el origen del lenguaje.

No debe olvidarse ni por un momento, en el curso de la interpretación, lo que hemos dicho ya respecto al tránsito de ciertas palabras, que pululando en los idiomas turanianos de Asia y conservadas todavía algunas de ellas en el país de los vascos, penetraron como herencia religiosa en el panteón védico, llevadas allí por tribus de origen turaniano, aryanizadas en virtud de la evolución.

Esta clase de palabras abundan en el Veda: tales son los *prayas*, pasteles hechos con arina y manteca; *ghrita*, de donde viene el asturiano *griton*, trozo de tocino, después de soltar la grasa; *Vipra*, el sacerdote que preside el sacrificio; *bhârati*, la palabra acompañada del gesto, la acción declamatoria; *ilâ*, tierra, y además vaca, y la palabra poética, *varhis*, el cesped; *Vrihas-pati*, el fuego del sacrificio, (señor de la creación, en ambos conceptos de soplo y calor); *Garhapatya*, el fuego doméstico, *Varaniya*, (diosa de la oración; *prasouh*, madres, y ramas de árbol; *Brisaya*, (que los comentadores hacen venir absurdamente de *brisis*, vestido, y es un genio en lucha con Agni;) *Bhârata*, ofrenda (objeto del culto;) *Prithivi*, la tierra, (cambiada en vaca, según una leyenda;) *Varri*, nombre de Agni, (que se traduce por el *que cubre*, siendo el espíritu del fuego ó del calor;) *Abhriyah*, las nubes, consideradas como llevando la fecundidad y la vida á la tierra y á la vejetación; *Pradja-pati* señor de la creación, y otras muchas que bien interpretadas darían mucha luz en la traducción del Veda. En todas ellas se observan, en efecto, con alguna significación divina ó religiosa, ó por lo menos de creación, expansión ó abundancia, las onomatopeyas primitivas ó la contracción del *ber*. Pero donde se ve más clara esta contracción es en el nombre del dios por excelencia *Brahma*; nombre, que es por sí solo, una de las mejores pruebas de nuestra teoría.

DYAUS, BRAHMA.

Se ha supuesto que *Dyu*, el cielo, padre de Indra, fué en un principio el gran dios de la raza.

Todo parece confirmarlo así, aunque su papel, en el Rig Veda, es algo desairado:

«Delante de Indra se inclinó el divino Dyu; delante de Indra se inclinó la gran Prithvi.» (R. V. I. 131).

De esto no se deduce más, que el cielo y la tierra prestaron homenaje á Indra; pero Dyu, no tiene otro

carácter que el de cielo padre. Pudo ser, en efecto, Dyu, un dios más antiguo en la raza aryana, y haber figurado como primer dios en la época de la emigración á Europa de aquellos aryas, que después llegaron á ser griegos, latinos y germanos, llevando consigo este nombre, en las formas, *Zeus*, *Deus* y *Tiu*.

Dyu no se eleva nunca, en su vida mítica, al poder y á la personalidad; es el cielo y el día, en el Veda; pero más antiguamente fué la aspiración *ya*, *yu*, *ha*, *hu*, de todas las razas, sólo que los aryas añadieron la *D*, sanscrita, regla fonética heredada, como en eúskaro, de algún idioma turaniano, que se convierte en *Z* y en *T*, en Grecia y en Germania. Es una ley fonética constante en el eúskaro: así, los eúskaros de Italia han dicho *Tiber*, por *Iber*, el Ebro, y más adelante los romanos, llamaron *Duretum*, de *Dureta*, una silla del baño llevada de España, que es *Ureta*, sitió de agua, sin *d* eufónica. En este país la mayor parte de los nombres en *ur* y *uri*, agua y pueblo, llevan siempre la misma *D* ó *T*: *Turia* en Valencia, *Turon* y *Buron* en Asturias, *Turbula* en los bastetanos antiguos, Durango en Vizcaya, Durana en Alava, y otros muchos, cuyo origen eúskaro es imposible negar.

Esa raíz *div*, brillar, de la que Max Muller saca el nombre de *Dyaus*, no es verdadera raíz; al contrario, debe ella su origen á la misma espiración yu ó *dyu*, en sanscrito, pues ya hemos visto que estas onomatopeyas que han dado nombre á los dioses, sirvieron también para expresar todo lo grande, lo fuerte, lo exuberante, lo hermoso y lo *brillante*.

Max Muller ha caido en el mismo error que los pueblos antiguos, que creían que los nombres de los dioses eran palabras de su propia lengua. Él llama á *Dyu*, el *brillante*, como los hebreos, el *fuerte* á Jehová, ó el *señor* á Adonis, y los fenicios á Melkarte el rey

de la ciudad. Ya se ha visto á cuántas confusiones puede dar motivo semejante método.

Brillar no es verbo primitivo; para llegar á expresar la idea de brillo, el hombre, acabado de salir de manos de la naturaleza, necesitó una larga asociación de ideas. ¿Cómo había de arreglarse para dar á comprender su idea de las cosas brillantes? ¿Ha de creerse que la raíz *div* salió así, de repente, del pensamiento humano? Nó; las cosas no pasaron así. El hombre llegó á obtener naturalmente las onomatopeyas de la espiración; con ellas pudo dar nombre á Dios, al cielo, y á sí mismo, porque el pronombre personal en la mayor parte de los idiomas, procede de éllas. Nada más natural, que viendo brillar los astros en el cielo, se les diera un nombre parecido al del cielo: *dewa*, espíritus vivientes, celestes, hasta que la aplicación de este nombre á todo objeto brillante le hizo ser adecuado para expresar la idea ó la acción del verbo *brillar*. Pero inventar de repente una raíz para expresar el brillo, ni es lo natural, ni está conforme con las leyes que presidieron el origen del lenguaje. Y este proceso ha tenido lugar en la raza aryana especialmente, porque en otras, la idea de brillo, se expresa con la otra onomatopeya *er*, alusiva al brillo que despiden los objetos calentados ó expuestos al fuego, y al del mismo fuego. Un buen ejemplo de esto es ese mismo verbo *brillar* que estamos usando ahora: En la palabra *brillar*, tenemos la contracción del *beró* bien marcada. Esta palabra es debida, pues, á otra corriente y á otro procedimiento en la asociación de ideas. Tiene parecido con el *vibrare*, latino, y ya se pierde la filiación; pero la onomatopeya, por grandes que sean las lagunas de por medio, fija siempre el origen.

Si, pues, en *vibrare*, *fulgere* y *brillar*, se notan aun las onomatopeyas designando la misma idea por otra evo-

lución, es natural y lógico que el *div* sanscrito proceda, como ellas, pero más simplemente, de la onomatopeya del soplo. La espiración y el nombre de Dios son, pues, anteriores á la idea del brillo.

Explica, también, Max Muller, el griego *Zen*, *Zenos*, así como el latino *Jan*, la forma más antigua de *Jan-us*, como representando una forma sanscrita, *Dyav-an*, formada como *râjan*, pero con guna. Para explicar *Jan* y *Zen*, busca terceras declinaciones, y acaba por hacer de Diana una forma sanscrita, *divana*, la *celestial*. ¡Cuánta investigación fuera de su lugar! *Jan*, la forma más antigua de *Jan-us*, es la espiración misma, más antigua que el sanscrito también, y tratar de reducirlo por terceras declinaciones, después de haber atravesado tantos idiomas y por consiguiente tantas gramáticas desconocidas, es un procedimiento que no tiene defensa.

Diana es también anterior á la forma sanscrita *divana*, por lo que hemos dicho antes; y no es otra cosa que la espiración *han* ó *ian*, con la *D* eufónica y el artículo, D-ian-a. Es el *Jain*, *Jaun* ó *Jan* eúskaro, hecho femenino á causa de la final *a*, mal entendida.

Todos los mitos de luz proceden asimismo de estas onomatopeyas, cuando llevan la forma original *ar-ja*, por *er-ja*, como la *Arjuni* del Veda. Luz y rayo son en sanscrito *archi* y *archis*, con otro derivado *arkah*, luz ó rayo de luz, nombre del sol también por natural metáfora; *riksha*, estrella, *ghar* ser brillante, *gharma* calor en sanscrito; en griego *thermos* y en latín *formus*; *ghar* = *har*; *hari*, *harit*, los caballos del sol. Arjuni, la aurora, que traduce Max Muller, la *brillante*, fué, pues, en su origen, *Er-jun-i*, á no ser que con el simple cambio de la *e* en *a*, se haya dado á las onomatopeyas el significado de luz, en cuyo caso sería el espíritu luminoso, siendo la luz esencial cualidad del calor ó del fuego.

Arguinis, un nombre de Afrodite, que los griegos hacían derivar de un lugar á los bordes del Cephiso, es la misma *Arjuni*, en etimología, por más que la diosa griega no tenga otra cosa que ver con la aurora, ni con la luz, sino la idea de calor ó fuego como todos los dioses; es el *arguia* eúskaro; luz, resultado también de aquellas dos raices.

Estas mismas palabras de que hacemos uso, luz, calor, no tienen otro origen: *lux*, *calor*, *ardor*, en latín; *lux*, que perdió una vocal inicial que se conserva en *illuminare*, y debió ser en el principio *er-ax*, *er-ux*, lo mismo que *luna*, *er-un-a*, que se conserva en eúskaro, *iluna*, oscuridad (1), porque llaman á la luna, *ilarguia*, luz apagada ú oscura. Calor, *ha* ó *ja-er-er*, que pasó á *ca-el-er*, y por contracción, calor. La *l* sucede poco á poco á á la *r*. En los vedas es raro este tránsito, pero en griego y en latín ocupa un gran puesto; así se dice, por ejemplo; λυγος *lupus* por *urka*. En *ardor*, *er-d-er*, se ve bien clara la repetición onomatopéica.

Brim, en inglés, *borde*, en un principio borde, orilla del mar, del sanscrito *Bhram*, hacer remolinos, agitarse el agua de un modo semejante al hervor, prueba también que la onomatopeya *ber* ha sido tomada del

---

(1) Max Muller hace venir luna de *lucina* = *lucere*, brillar, que es lo mismo que decir que sombrero viene de sombra, con lo cual no se adelanta nada, porque no se sale de la misma lengua; luna, como lucina, traen su origen de la raíz *il* conservada en eúskaro, y que ha formado su *iluna*, oscuridad. Esta antiquísima raíz nos enseña un curioso procedimiento primitivo para la expresión de las ideas opuestas: si *er* llevaba la significación de dar la vida por el calor, el simple cambio, en *ir*, significó quitar la vida, y por asociación de ideas, *er* ó *el*, la luz del sol ó del día, como *arjuna*, *arguia*, *Helios*, etc. llegó á ser *ir* ó *il*, luz moribunda, oscuridad, la luz de la luna, *il-arguia*. Desde el *kill*, inglés, hasta el katt la ó kettél hiktil de los semitas proceden de ahí, con sus significados de matar, morir.

sonido producido por el agua caliente y agitada. Todavía el sanscrito *bhrajj* significa *freir*, y *ripple* en inglés, hervir ó agitarse el agua á borbollones.

¿De qué otras raices puede creerse que procede este nombre *Praja-pati*, epíteto de Agni, y que significa en sanscrito señor de la creación ó de la generación, si no de *Praja*, *Braja*, contracción de *Beroja?*

La significación tradicional y la forma del nombre lo están diciendo.

De esta forma, *Praja*, han querido algunos sacar el nombre de Brahma, sin saber por qué, y únicamente por la importancia de su significado; pero Brahma no procede de *Praja;* es otra evolución paralela á ésta, como hay muchas.

Brahma, el incomprensible y misterioso nombre, es contracción de *Bero-ham-a*, el espíriru del calor, y por asociación de ideas, el principio universal de toda vida, el Dios de la creación y animador de la naturaleza.

Esta forma ha hecho su evolución latente en el seno del turanismo, siempre considerada, como palabra santa, hasta hacer su radiante aparición en el Indostán, escogida como el nombre más propio de la divinidad por una especie de atavismo en el sacerdocio.

Indra, símbolo y representación de la fuerza, cuya residencia llegó á estar localizada, para el pueblo, en el cielo tonante y en las nubes, no era un nombre conveniente de Dios, en la noción teológica sublime á que se habían elevado ya las altas clases. Se procuró primero hacer del nombre de Indra, un nombre esotérico, interponiendo en él una sílaba inútil; pero no tardaron en comprender cuánto se prestaba al ridículo; así fué que esa forma caprichosamente inventada no tuvo éxito. Este nombre, que puede verse en el Aitareya Upanishad, era *Idamdra*, porque se supo

nía que los dioses gustaban de los apelativos difíciles de comprender. Pero nada de esto pareció suficiente. Para expresar esa gran concepción teológica de la intimidad de Dios con el mundo, y en especial, con el hombre, era necesario un nombre nuevo, y ninguno más á propósito que *Brahma*, al que la tradición asignaba ya la residencia interior en el fondo de las cosas, contenidas todas en él.

Hé aquí lo que se lee en el Aitareya Upanishad:

«13. Cuando hubo nacido (el hombre provisto de alma ó atman) consideró los seres, sin saber que había, que tenía, dentro de sí otra cosa. Pero (instruido un día,) vió que el hombre no es otra cosa que *Brahma* precisamente, y dijo: «yo he visto esto» (es decir á Brahma que formaba la naturaleza de su sér.)

«11. El, (el atman ó *içvara* universal, porque hay atman individual y universal) dijo: «¿Cómo *esto* podrá pasar sin mí?»

Esto, es la criatura humana acabada de crear de una *embozada de agua caliente* (1).

Él concibió este pensamiento: «¿De qué manera puedo yo penetrar allí? (en el hombre.)» Él concibió este pensamiento: «¿Qué soy yo si la palabra habla, si el *prana* respira, si el ojo ve, si el oido oye, si la piel toca, si la mente piensa, si el *opâna* cumple sus funciones, si el miembro viril emite (semen) sin mi concurso ó sin que yo goce?»

Max Muller cree (2), y no se engaña en esto, aunque no comprenda la razón, que *Brahman* significó en el

---

(1) Es otra confirmación de la teoría esa *agua caliente* dando principio á la vida.

(2) *Ensayo sobre la historia de las religiones*, pág. 144. Traducción española.

origen: potencia, voluntad, deseo y la fuerza propulsiva y creadora.

La palabra brahman, en neutro, significando la fuerza creadora, no se encuentra en el Rig, pero sí en el Atarba Veda y otros muchos Brahmanas. Significa aquí el Brahman más grande que gobierna todo lo que ha sido y será.

El cielo pertenece sólo á Brahman, se dice en el Atarba Veda (X. 8. 1).

En los Brahmanas es denominado Brahman, el primer nacido, el que existe por sí mismo, el mejor de los dioses. Los espíritus vitales son identificados con Brahman.

«Los que reconocen á Brahman en el hombre, los que reconocen al más alto de los dioses; los que reconocen en éste á las criaturas; el que conoce á *Prajapati* (el señor de las criaturas) y los que conocen al más antiguo Brahmana, éstos conocen el fondo del abismo.»

La tradición está, pues, de acuerdo con la etimología, y *Brahma* es ciertamente el *içvara*, el alma del mundo, el *Purusu macho*, padre de la naturaleza, autor de la vida y propagador de la generación.

Este mismo sentido religioso y tradicional de las onomatopeyas ha formado el nombre esotérico de Cristo «*Brachiū, quia ab ipso omnia continentur* (1).»

Brahma es el resumen lógico de la evolución teológica de la raza aryana en la India; la unidad que abarca la inteligencia, la fuerza y la vida de la creación, simbolizadas antes, especial y respectivamente, en *Aditi*, *Indra* y *Pardjania*.

---

(1) San Isidoro, Etym., lib. 3.º

ADITI.

Acabamos de decir que Aditi es la inteligencia y debemos explicar esta apreciación, porque nadie hasta ahora había descubierto ese carácter, y sería muy extraño que después de tanto como se ha escrito acerca de este nombre y su significación, fuésemos nosotros á darle un atributo que no le perteneciera.

Aditi, por su misma sencillez, es uno de los nombres más rebeldes á toda interpretación. Los textos, por otra parte, dicen poco de ella; un par de himnos es todo lo que tiene en el Rig Veda; pero siempre que por incidencia se recuerda, lo poco que se dice, es de alta importancia y revela una grande y misteriosa divinidad.

Aditi es tan pronto usado en sustantivo como en adjetivo; pero sustantivo abstracto, frecuentemente personificado.

Mr. Roth ha dado del adjetivo dos explicaciones diferentes en su diccionario, y le traduce por *bundlos*, *frei*, sin lazo, libre, haciéndole salir de la raíz *dâ*, ligar; pero en su *Estudio sobre las grandes divinidades aryanas* (1) supone que Aditi es la eternidad: *die Ewigkeit*. Este sentido responde algo mejor á las necesidades de los textos que el primero, pero dista mucho de explicarlos todos.

Muir ve en Aditi la naturaleza entera, madre de los dioses y de los hombres, fuente, origen y materia de todas las cosas celestes, divinas, humanas, presentes y futuras. Traduce el himno, donde se describe la creación, donde los adityas son dados á luz, y en los capítulos siguientes, después de haber señala-

---

(1) *Journal de la Societé gemanique oriental*, t. 6.º, pág. 68.